



Hachetetepé. Revista científica de
educación y comunicación

ISSN: 2172-7910

revista.http@uca.es

Universidad de Cádiz
España

de Oliveira Rovai, Marta Gouveia

HISTORIA PÚBLICA: LA COMUNICACIÓN Y LA EDUCACIÓN HISTÓRICA

Hachetetepé. Revista científica de educación y comunicación, núm. 14, mayo, 2017, pp.

13-26

Universidad de Cádiz

Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=683772562004>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto



HISTORIA PÚBLICA: LA COMUNICACIÓN Y LA EDUCACIÓN HISTÓRICA

Public history: communication and historical education

Marta Gouveia de Oliveira Rovai
Profesora asociada de la Universidad Federal de Alfnas
(UNIFAL / MG).
Doctora en Historia Social de la Universidad de Sao Paulo (USP
/ SP).

Miembro de la Red Brasileña de Historia Pública.
Líder del Grupo de Investigación de Historia de Brasil:
Memoria, cultura y patrimonio (UNIFAL / MG) (Brasil)
E.mail: martarovai@usp.br

Resumen:

En este artículo se pretende introducir el concepto y las prácticas de la historia pública como un nuevo posicionamiento de la ciencia histórica en diálogo con profesionales de la comunicación, para producir y difundir las experiencias humanas. Para esto, se discute el origen del concepto de historia pública y las diferentes formas de educación histórica que el uso de las nuevas tecnologías puede proporcionar (entre ellas la Internet). En este sentido, se invita al lector a reflexionar sobre las posibilidades de la publicidad y la democratización del conocimiento histórico y la cultura, para la expansión de oportunidad de la producción, de la difusión y el acceso público a las diferentes formas de experiencias en el tiempo. El artículo también tiene la intención de llamar la atención de los profesionales que se ocupan de la historia y la comunicación a los peligros de las producciones presentadas en exclusiva al mercado que transforman la popularización de la historia en el fortalecimiento de los estigmas culturales.

Palabras clave: Historia pública, educación histórica y comunicación; democratización y estigmatización

Abstract:

This article is intended to introduce the concept and practices of public history as a new positioning of the historical science in dialogue with communications professionals, to produce and disseminate human experiences. For this, discussed the origin of the concept of public history and the different forms of historical education to the use of new technologies can provide (including the Internet). In this regard, it invites the reader to reflect on possibilities for advertising and the democratization of historical knowledge and culture, for the expansion of opportunity of production, dissemination and public access to different forms of experiences in time. The article also intends to call the dangers of productions presented exclusively to the market that transform the popularization of history on the strengthening of the cultural stigmas care professionals dealing with history and communication.

Key words: public history; historical education and communication, democratization and stigmatization

Recibido: 31-01-2017 Revisado: 16-02-2017 Aceptado: 28-02-2017 Publicado: 01-05-2017

Presentación

Este artículo tiene como objetivo hacer una presentación del debate en torno al concepto de Historia Pública, tan presente en la Academia en los últimos años, y su relación con las nuevas tecnologías. Esto no es una nueva área de estudio, sino una expresión para describir nuevas formas de pensar acerca de las concepciones de desarrollo, de acceso y de publicidad en vigor en la academia bajo el nombre de “educación histórica”.

Se entiende aquí que la historia pública puede ser un conjunto de prácticas que provienen del diálogo con los profesionales de la comunicación en un trabajo interdisciplinario que se trate con las políticas de conservación, restauración, exhibición y la visita de los “lugares de memoria” (tradicionales o virtuales), la producción y la difusión del conocimiento académico y el conocimiento derivado de la experiencia colectiva. En este sentido, su práctica replantea maneras de tratar con el pasado y la cultura y se configura como “educación histórica”, comprendiendo que de la definición de Jorn Husen, como capaz de ofrecer a varios grupos e individuos las herramientas que les permitirán comunicarse y acceder a los más diversos conocimientos y la diversidad cultural, incluyendo las pasadas y las experiencias humanas como edificios capaces de guiarlos en tempo.

El objetivo es promover una reflexión sobre la importancia de la difusión científica de la historia, lo que lleva a la academia a familiarizarse con la escuela y con las más diversas comunidades a través de la creación de documentales, películas de carácter histórico, videos educativos producidos con el móvil, libros, programas televisivos y programas de Internet.

También, atentar a los peligros que la divulgación de la historia y la cultura puede provocar, cuando los profesionales utilizan de los medios de comunicación a usos pasados e impactar la sociedad de la lógica puramente de mercado.

Una nueva forma de pensar acerca de la historia y de la comunicación: historia pública

En las últimas décadas un tema se ha apoderado del debate académico acerca de la vinculación entre el conocimiento histórico y sus relaciones con los nuevos conocimientos y las nuevas tecnologías. En particular, esta discusión ha centrado su preocupación en torno a un nuevo concepto que implica muchos profesionales, además de los historiadores: la llamada historia pública. Esto no es una nueva disciplina, sino un conjunto de prácticas, una nueva posición de la historia en la amplitud mundial y los medios para difundir el conocimiento, sea desde el punto de vista de la educación formal o no. El concepto de historia pública no es tan reciente. La preocupación por la narrativa que valora y que da visibilidad de la cultura popular, entendida aquí como las diversas experiencias de los dominados, o también llamado “bajo”, “subalterna”, fue la preocupación de ciertos historiadores de la llamada nueva historia, pero cada vez más llegó a ser considerada como una investigación-acción. En los años 1960 y 1970, los historiadores ingleses, como Raphael Samuel, expresaron su preocupación por los usos del pasado con propósitos políticos y sociales. La historia como ciencia y la educación histórica, a menudo manejados por una sola versión, y congeladas en el tiempo para el registro de algunos grupos privilegiados, podría



volver a la idea de la justicia social se comprendida de una manera más dinámica y tensa.

La opción por la publicidad de la narrativa de los grupos exclusivos vino a encontrarse con los movimientos de carácter social y político que eran más evidentes en ese período, como la organización de los negros, las mujeres y los trabajadores, no sólo en Inglaterra. La creencia de que el conocimiento y la apreciación de los recuerdos y las historias de estos grupos podrían fortalecer las identidades y reforzar sus demandas se extendió a países como Italia, Australia y Estados Unidos, sólo para nombrar unos pocos. Ejemplo de cómo la historia podría hablar con nuevas áreas y fortalecer a través de la comunicación fue la creación del *History Workshop Journal*, en 1976, que se originó a partir de una serie de talleres organizados desde 1967, en Oxford. Raphael Samuel, que se convirtió en una de las principales referencias de la historia pública, argumentó que la historia debe extrapolar los espacios académicos y debe ser enseñada a un público cada vez más amplio, utilizando nuevos medios de comunicación. Programas de televisión dirigidos a la discusión de las luchas sociales, los conflictos políticos, culturas e identidades, como *La storia siamo noi*, programa producido por la RAI italiana, o el History Channel, en Inglaterra, son otros ejemplos de cómo los medios de comunicación pueden popularizar la historia. En la radio francesa France Culture, el historiador Jacques Le Goff coordinó el programa “El lunes de la historia” desde el año 1968, una manera de democratizar el debate sobre la historia de Francia.

En Estados Unidos, las demandas sociales se unieron al debate sobre las nuevas tecnologías y el uso público de la historia. A partir de nuevos medios de

comunicación, pensar en el concepto de público, la producción y las formas de difusión del conocimiento, sin perder su carácter científico, era una preocupación importante: ¿lo que significaba historia pública a un público amplio y diverso, además de la academia y de los espacios educativos formales como las escuelas? ¿Cómo garantizar el acceso a la información para varias comunidades sin trivializar la cultura como una mera curiosidad? ¿Cómo construir ambientes de reflexión utilizando medios como la televisión, el cine, la fotografía, Internet? ¿Cómo reorientar la lógica de los museos, calificar la creación, gestión y conservación de los archivos y centros de memoria de forma democrática? ¿Cómo comprometer prácticas responsables con conocimientos en la publicación, periódicos, revistas, organizaciones gubernamentales y no gubernamentales, así como su salón de clases? Más que interesado en escribir una “nueva historia”, el desarrollo, registro y difusión mezclaban a las agendas de los movimientos sociales y culturales, guiados por la necesidad de ver reconocidos y legitimados. En los países de América Latina como Brasil, este proceso, aunque más lento y difícil, no fue muy diferente. La demanda de la escucha y la difusión de testimonios de víctimas de la violencia política, con la transición a la democracia después de años de gobiernos autoritarios, así como el crecimiento de las demandas de carácter de género, etnia y reparación puso cada vez más la importancia de usos del pasado y su mediación responsable de los medios de comunicación. Hablando de popularización de los recuerdos y las historias no significa, de ninguna manera, la eliminación de la ciencia histórica, pero el estímulo a la reflexión sobre el papel de los intelectuales y profesionales técnicos junto las diferentes comunidades en una acción

interdisciplinaria capaz de construir una enseñanza de la historia, conceptualizada por Jorn Rusen como capaz de generar conciencia y formación histórica:

«todos los procesos de aprendizaje en las que la “historia” es el tema y no destino, en primer lugar, para la obtención de competencia profesional. Este es un campo al que pertenecen numerosos fenómenos de aprendizaje histórico: la enseñanza de la historia en las escuelas, la influencia de los medios de comunicación en la conciencia histórica en la formación de adultos como influyente en la vida cotidiana, en resumen, este campo es extremadamente heterogéneo. Es ahí que están, además de los procesos de aprendizaje específicos de la ciencia de la historia, todos los otros que sirven a la orientación de la vida práctica a través de la conciencia histórica, y en el que la enseñanza de la historia (en el sentido amplio de la palabra: como la exposición de conocer la historia con el fin de influir en los demás) juegan un papel» (Rusen, 2001: 48)

En este sentido, extender la idea de la educación histórica más allá de las escuelas y Universidades sería una manera de contribuir a cualquier persona a desarrollar el pensamiento histórico, o sea, pensar en su cultura como la construcción en tiempo y espacio e insertar en estas dimensiones, con preparación para interpretar su experiencia y de los demás y actuar en su cultura, de una manera que podría guiar intencionalmente su vida práctica en el tiempo, para anticipar también el futuro (Rusen, 2001: 57).

Las preocupaciones que implican esta reflexión sobre la relación entre la producción histórica e historiográfica y la comunicación como una forma de educación, pasan por la necesidad de poner el conocimiento académico y comunitario en el ámbito público en el servicio de la cultura entendida como un campo de conflictos y estabildades; tratar de un público diverso

y los medios de comunicación; reflexionar sobre los individuos en su propia experiencia en el tiempo, teniendo en cuenta sus deseos, prácticas y discursos múltiples. Recordando la importancia de historia pública, Sara Albieri, dice que:

«La “historia pública” puede entenderse de varias maneras. Inmediatamente, ella pasa la idea de un acceso sin restricciones, es decir, un conocimiento histórico abierto a todos. Especialmente en nuestros días, se entiende que los recintos están abiertos y que la información antes censurada o velada, ahora ocupan los espacios de dominio público» (Albieri, 2011: 19)

Cabe señalar que hacer historia pública no es sólo para enseñar y difundir el conocimiento específico. Asume la pluralidad de disciplinas y la integración de diversos recursos, y el fuerte deseo de intercambiar experiencias y aprender de ellas. Es una nueva forma de conocimiento y práctica, cómo hacer la historia, no sólo pensando en la preservación de la cultura material e inmaterial o en diferentes experiencias sociales a lo largo de la historia, sino que contribuir a cada individuo o comunidad para pensar y comprender su propia historia, la relación intrínseca entre el pasado, presente y futuro.

La comunicación como proceso dialógico educativo

En el libro *Introducción a la Historia Pública* (2011), Juniele Almeida y Marta Rovai defienden historia pública como

«una posibilidad no sólo de la conservación y difusión de la historia, pero de la construcción de un conocimiento multidisciplinar atento de los procesos sociales, sus cambios y tensiones. En un esfuerzo de



colaboración, se puede valorar el pasado más allá de la academia; Se puede democratizar la historia sin perder la integridad o el poder de análisis. En este sentido, historia pública puede definirse como un acto de “puertas abiertas, no la construcción de muros”, en palabras de Benjamin Filene» (Almeida y Rovai, 2011: 7)

Diversas experiencias muestran cómo el debate sobre historia pública sigue dando sus frutos y puede ser ampliado y enriquecido, “extrapolando paredes”. El trabajo en las escuelas, por ejemplo, se puede expandir, trayendo la popularización del conocimiento mediante el contacto con los archivos y colecciones (tradicionales o digitales), visita a museos que combinan el aprendizaje y la creatividad, producción y / o análisis de fotografías, cómics, dibujos animados, así como con el cine, la música por Internet y grabación o historias orales como formas narrativas más cerca de los estudiantes y la comunidad alrededor de la escuela. Todo esto, sin perder la seriedad y el compromiso con la producción de conocimiento y la reflexión sobre ellos.

El uso de las nuevas tecnologías (que a menudo no son tan nuevos) en contextos formales como la clase, no debe entenderse como un mero “adorno” de la forma al contenido con frecuencia conservador y elitista. También no como un mero entretenimiento, transformar la educación en un proceso trivializado y “competidor” de los medios de comunicación. La cultura escolar pasa por un proceso acumulativo de conocimientos que no está configurado como una mera transposición académica y tecnológica, pero tiene en cuenta la relación entre ellas y las experiencias de los estudiantes y sus comunidades. Esto significa que los profesionales que deciden por historia pública deben

considerar formas de abordar y objetivos de acciones en lo que eligen para observar, analizar y difundir.

La cultura producida dentro y fuera de los espacios formales no debería transformarse en folclore en el sentido de la curiosidad o el conocimiento congelado y descalificados sólo para convertirse en el aprendizaje “más agradable”. Mucho se ha confundido la difusión y popularización del conocimiento y la cultura sólo con la difusión de información para llevar la audiencia de un público cada vez mayor. A menudo, a cualquier precio incluida la difamación y la información irresponsable y sin compromiso con la ética profesional.

La educación sobre el patrimonio, por ejemplo, es parte de una demanda actual, en torno a la ampliación de la memoria dentro y fuera de las escuelas, en un mundo marcado por la velocidad del tiempo e intereses de mercado. En Brasil, los proyectos y las políticas públicas centrados en el inventario, el conocimiento y el reconocimiento de los lugares y las prácticas culturales populares, historias y tradiciones de las comunidades en las que se encuentran los estudiantes, han ganado fuerza (1). Con el uso de grabadoras, cámaras de video e incluso teléfonos móviles, los estudiantes comienzan a registrar y dar a conocer las memorias de toda la cultura material e inmaterial, a través de la producción de videos cortos, registro fotográfico, círculos de conversación, y la creación de blogs y sitios, seleccionando lo que quieren decir y preservar (2). La propia creación de colecciones digitales, en el que se almacenan los documentos escaneados -escrito, oral, filmico y fotográfico- y donde inscribir sus impresiones, pueden conducir a la comprensión de la idea de la herencia de los bienes tangibles e intangibles de recepción no como

pasiva, sino como la selección, la reconstrucción y la superación constante.

La socialización de experiencias diferentes en tiempo y el intercambio de entendimientos de los usos de pasado producen un proceso de “alfabetización cultural” que permite a los individuos -dentro y fuera de la escuela- leer el mundo a su alrededor, lo que lleva a comprender el universo sociocultural y la trayectoria histórico-temporal en el que se insertan, con el deseo de preservar los bienes con los que identifica su propia historia.

El sesgo del patrimonio o la búsqueda de “volver a contar” la historia de varias versiones y tecnologías, así como la demanda de un acceso seguro a los implicados en el proceso de producción y “consumo” de conocimientos diferentes pueden activar y estimular la positivización de experiencias en un mundo marcado por la pérdida de referencias y la capacidad de recuperación al tiempo mercantilizado y los patrones. Sin embargo, esto requiere que los profesionales de la educación conozcan las muchas posibilidades tecnológicas y sus funciones, así como reconocer la necesidad continua de la investigación y el aprendizaje de los conceptos fundamentales para la comprensión de lo que enseñan (y que aprenden), de modo que lo que está dibujado y lo que se da a conocer no sea sólo exótico y pintoresco.

Las tensiones y resistencia de las comunidades que se oponen a la introducción y difusión de los contenidos de la historia en la escuela y en las redes sociales, tales como las que se encuentran en ciertas fortalezas en Brasil en relación con las culturas africanas, afro-brasileñas, indígenas y estudios de género por ejemplo, puede dificultar el proceso dialógico, convirtiéndose en las principales dificultades para

las cuales deben prepararse educadores. El prejuicio social y la falta de conocimientos sobre ciertos temas la pasividad de los profesionales de la educación y la comunicación sobre la necesidad de la investigación pueden contribuir a idealizar y estigmatizar a eventos culturales y comunidades enteras. La alegorización y los estereotipos de otras culturas pueden dejar problemática la visibilidad de sus contribuciones y su papel histórico activo, a veces colocándolos como víctimas, o personajes como congelados, objeto de la mera curiosidad en la clase. En este sentido, no valdrá nada la apropiación de las nuevas tecnologías para enseñar si no es constante el cuestionamiento acerca de la elección de los temas y problemas que quieren dar a conocer. Más que eso si hay claridad de que el trabajo con la historia pública debe tener en cuenta lo que se entiende por público y de que lo que se desarrolla es un trabajo sobre, para o con el público. La respuesta a estas preguntas dirige el significado y la importancia de los usos del pasado, la interpretación de la diversidad cultural y su relación con las nuevas tecnologías.

Tratar con la historia y el patrimonio cultural en la escuela no debe ser restringida a las fechas o eventos especiales, seleccionados por el profesor, puede caer en el mismo error de querer anticipar significados sin que estudiantes o grupos involucrados han participado en forma de debate democrático. Promover ruedas de conversaciones con grupos culturales cerca a la escuela, por ejemplo, puede contribuir al intercambio intergeneracional, que permita el conocimiento y reconocimiento cultural como un ser vivo y dinámico y por lo tanto debe ser respetado. Los movimientos de escucha y el habla invitan las ascendencias y las razones de este tiempo a la permanencia de ciertas



prácticas, como las celebraciones, los símbolos, las decoraciones, la música, el comportamiento, el desarrollo de una identidad colectiva y la conciencia de estar en el mundo. Optar por grabar estos eventos importantes -en la forma de grabación de audio o video- y colectivamente pensar en formas de diseminar proporciona un gran aprendizaje sobre el respeto y la empatía generacional, así como la comprensión de las continuidades y los cambios culturales en el tiempo. Lugares de memoria, ya sea en la escuela o fuera de ella nacen y viven del sentimiento de que no se hace cumplir la herencia ya que esto debe ser conocido para ser reconocido. Más que eso debe ser experimentado por las generaciones futuras. No se puede enseñar a los estudiantes la cultura si no es probada por ellos o si no conocen significado. Lo mismo sucede con la historia que debe ser considerada como estudio, el conocimiento, el testimonio, enseñanza de visión, la construcción relacional y formación de la identidad. La pregunta que debe hacerse en la realización de las prácticas educativas históricas y nuevas tecnologías es como el gimnasio y la escuela pueden, por dentro y a partir de sus presupuestos colaborar para crear una historia más humana y democrática fuera de ellos. O bien, pueden contribuir a la divulgación de la historia sin reducirla a mera curiosidad o para la lectura superficial de los hechos. Un ejemplo es la transformación de los libros de texto de carácter campechano, que sirven un mercado de biografías de hechos exagerados sin análisis de las obras de los maestros en el aula, la creación de blogs sin objetivos claros con la divulgación de la información, así como el uso de entrevistas orales con miembros de la comunidad o la elección de los objetos de la propiedad sin discusión conceptual adecuada con los estudiantes acerca de la importancia de la comunicación.

El mundo digital: nuevas maneras de educación básica

Trabajar con la educación formal o informal, utilizándose de nuevas metodologías es confrontarse, incluso, con nuevas concepciones de tiempo, nuevas audiencias (incluso anónimas), nuevos embates. Es necesario pensar cómo abordar la especificidad, por ejemplo, del mundo digital, recurso de divulgación de saberes y de experiencias, pero subyugado al anonimato, a la inconstancia de interés, a la transitoriedad y a la rapidez tal como se inserta y como la noticia, el hecho, la opinión, el saber, desaparecen instantáneamente.

Pierre Lèvy apunta para un aspecto esencial de la *red* y que cambia las relaciones entre sus usuarios y las formas de producirse y acceder a las informaciones: la supuesta reducción de las distancias y la facilidad de comunicación. En cierto sentido el llamado ciberespacio habría reducido el territorio geográfico permitiendo la circulación casi instantánea de informaciones en escala global. Para Lèvy, ese importante proceso exigiría la adaptación entre los diversos conocimientos (incluso histórico) y las evoluciones tecnológicas a partir de las demandas sociales de la sociedad contemporánea, no solo del orden mercadológica, sino también dirigidas al respeto de la alteridad y los derechos humanos.

Se pone en evidencia, según Pierre Lèvy, la formación de la llamada “cibercultura”, ese “conjunto de técnicas (materiales e intelectuales), de prácticas, de actitudes, de pensamientos y valores que se desarrollan junto al crecimiento del ciberespacio.” (Lèvy, 1999: 17).

Por su vez, para Serge Noiret, la utilización de la red se ha transformado y ampliado la idea de público y ha cambiado también las relaciones temporales.

La memoria y la historia, la cultura erudita y la popular se mezclaron y circulan cada vez más, proveyendo el acceso para más personas y muy rápidamente, retirando el monopolio del acceso a ciertas informaciones que son restrictas al ámbito intelectual. El autor desarrolló el concepto de historia pública digital (3), que no cambia la responsabilidad y compromiso para la comprensión de la historia no sólo con las formas tradicionales de producir conocimiento o proporcionar los archivos, pero contribuyó para que hubieron sido hechos nuevos registros más accesibles a una gran audiencia, potencialmente contribuyendo a la democratización del debate, dejando los espacios académicos y llegando a la historia del espacio virtual, más amplio y más rápido, de manera que Noiret llama de “ego-narraciones” en la red. (Noiret, 2015: 34).

Por lo tanto, teniendo en cuenta lo que Lèvy y Noiret apuntan sobre Internet, es conocido que no sólo el pasado puede ser publicado y compartido en la red, pero sus conexiones con las demandas del presente y las proyecciones futuras pueden ser en la construcción de colecciones y lugares afectados con el registro, la preservación y difusión de expresiones, prácticas, material cultural, patrimonio inmaterial, memorias de la lucha social y política.

La publicidad de la historia de los medios digitales también establece nuevas formas de elaborar y definir criterios de aceptación o rechazo de argumentos e información, puesto que debido a su singularidad múltiple y virtual, así en cuanto a su carácter permisivo sobre el anonimato de la autoría, las credibilidades se colocan en duda y son más cuestionadas que las formas tradicionales de producir y difundir conocimiento. Potencialmente democrática y al mismo tiempo peligroso por su carácter transitorio

y dinámico, la internet no puede ser trabajada por “historiadores digitales” renunciando al dominio específico de ciertos conocimientos y habilidades, así como la responsabilidad de su impacto social.

Estos espacios virtuales merecen más estudio por los historiadores en diálogo con los profesionales de la comunicación, en relación con las posibles contribuciones y también sus peligros. Estos pueden constituirse en recursos para la construcción de una especie de conocimiento comunitario, para el fomento de la participación pública en la red, la gestión integrada de los contenidos digitales por cualquiera que tenga la oportunidad, estímulo, conocimiento y diálogo para proceder. Este *crowdsourcing*, como ha denominado Noiret es ese proceso de trabajo colaborativo en torno de conocimientos académicos o de la comunidad, permitiendo que la Web debe entenderse como historia “viva” y “pública”, practicada interactivamente y ya no restringida al “formato digitalmente cerrado” de los historiadores profesionales (Noiret, 2015: 35).

Pensar en Internet como una herramienta para la intensa circulación de la información histórica y cultural no debe significar disipar lo necesario alejamiento en confrontación con el pasado. Es necesario tomar lecturas que no sean anacrónicas ni simplistas acerca de las diferentes temporalidades que constituyen el proceso histórico. Incluso digital todavía sigue siendo importante para reunir y gestionar diferentes documentos, seleccionar, mediar, conectar audiencias, hacer disponible el conocimiento sobre los diferentes eventos que afectan el presente, a través de las posibilidades de las tecnologías digitales. Aunque digitalmente todavía sigue siendo importante reunir y gestionar diferentes documentos, seleccionar, mediar,



conectar audiencias, hacer disponible el conocimiento sobre los diferentes eventos que afectan el presente, a través de las posibilidades de las tecnologías digitales. Noiret denomina “historiadores públicos digitales” los profesionales (*digital public historians*) que conforman una nueva generación para promover la mediación en el desarrollo y difusión de nuevos archivos “inventados” y nuevos foros de discusión, organizados en la red junto con la colaboración activa de los miembros de las comunidades no académicas. Estos profesionales no son exclusivamente historiadores, sino intelectuales o miembros de grupos preocupados y preparados para producir nuevas formas de ver, oír y sentir las experiencias humanas de manera colaborativa. Pierre Lèvy habla sobre la formación de una inteligencia colectiva, a través del mundo digital:

«¿Qué es inteligencia colectiva? Es una inteligencia distribuida por todas partes, constantemente evaluada, coordinada en tiempo real, llevando a la movilización eficaz de las competencias. Hemos añadido a nuestra definición esta idea esencial: el fundamento y el objetivo de la inteligencia colectiva es el reconocimiento y el enriquecimiento mutuo de las personas, no la adoración de comunidades fetichezados o hipostasias» (Lèvy, 2004: 20)

Sin embargo, uno debe entender que todas las formas de producción, distribución y acceso del conocimiento tropiezan en tensiones y disputas políticas, ideológicas, culturales y sociales que se manifiestan en la vida diaria y atañen las redes virtuales. Esta inteligencia colectiva sería construida por “enriquecimiento mutuo” en el ciberespacio, fomentado por la socialización de conocimientos y experiencias diversas. Sin embargo, uno debe entender que todas las formas de producción,

distribución y acceso del conocimiento tropiezan en tensiones y disputas políticas, ideológicas, culturales y sociales que se manifiestan en la vida diaria y atañen las redes virtuales.

Público para la historia pública: ¿cultura de masas?

Para pensar en el concepto de público en la realización de las acciones de la historia pública, Renata Schittino, citando a Hannah Arendt, establece que

«el término público significa el propio mundo, en la medida en que es común a todos nosotros y diferente del lugar que nos ajustamos dentro de él (...). Vivir en el mundo, esencialmente significa tener un lugar de cosas interpuestos entre los que se sientan alrededor; porque, como cada intermediario, el mundo al mismo tiempo separa y establece una relación entre los hombres» (Arendt, 2000: 62 Apud Schittino, 2016: 40)

¿Qué significa pensar en el público y en la publicidad de la historia, en este sentido? Es la comprensión para tratar a un grupo no homogéneo, pero marcado por la diversidad y los deseos de conocimiento, el reconocimiento y la alteridad. También significa la expansión de las potencialidades de la narración, actuación, hacer, preparar, acceso, ser visto y ver de cerca y distante, o semejante o extraño. El ámbito público al que apunta la historia pública es “el espacio abierto para la comunicación de la diversidad entre los diferentes” (Schittino, 2016: 40).

El trabajo con la historia pública y su público también requiere pensar estrategias y relaciones que se establecen entre ellos. ¿Cómo llamó la atención Ricardo Santhiago (2016), estamos tratando de hablar sobre, de y con el público, cuando se piensa en hacer públicas las experiencias humanas? Implica,

todavía, estudios más profundos relacionados con la construcción y mantenimiento de las colecciones y los idiomas que simplifican (sin ser reduccionista) la comprensión de lo que está por revelar. En este sentido, además de la educación formal en la escuela o en los museos, y la virtualidad de Internet, todas las rutas de comunicación deben ser consideradas con seriedad y responsabilidad. Sobre esta “boom” de divulgación de la historia y la cultura y el riesgo de hacerlo sin parámetros éticos o conceptuales apuntó Ricardo Santhiago:

«Al menos desde la aparición de los medios de comunicación, numerosos escritores, periodistas, directores de cine, artistas y otros agentes han dado forma y difundir la palabra, el sonido y la imagen del pasado a las audiencias no académicas. Con la agudización de las demandas sociales de la historia y la memoria, la difusión de los recursos tecnológicos y, por último, la popularización de Internet, las formas adquiridas por el llamado “espíritu público de la historia” se han multiplicado, poco o nada en función de una institución de ámbito formalizado debates» (Santhiago, 2016: 24)

La narrativa, el cine, la literatura, el video historia, la práctica de la historia oral y las inúmeras articulaciones visuales, verbales, sonoras y textuales pueden contribuir a la socialización de la producción del conocimiento histórico, no sólo se limitando a la Universidad, pero elaborado, contado y a menudo desapercibido, o no apreciado -incluso silenciado- por los sectores de la sociedad entendida como el margen del propio proceso histórico. Sin embargo, estos recursos pueden contribuir a la inversa. A menudo, vemos en Brasil los profesionales de la comunicación que actúan como los consultores de marketing cuando producen obras de carácter

popular, sin la menor preocupación por la ciencia histórica y sus implicaciones en la formación de la conciencia histórica. La “educación histórica” que presentan simplifica las nociones de la cultura popular, confundiendo o reduciéndolo a la concepción superficial de exotismo, la sátira o la homogeneización (5).

Este tipo de profesional no tiene la misma lectura o preocupaciones teóricas y metodológicas que aquellos que están relacionados con una historia pública comprometida con la diversidad de pensamiento, no es para maldecir o presumir personas y grupos en el tiempo y en el espacio, sino que insertarlas en sus contextos históricos. Así, algunas producciones se desvían del análisis guiado por la ciencia histórica y muestran mucho más interés en atender el mercado, presentando el pasado y la cultura como productos que se consumen como entretenimiento. Las narrativas históricas que se presentan son los productos de la industria cultural de masas y el público es un mero consumidor, sin ser pedido para reflexionar sobre lo que ve o lee. Más interesados por carreras y disputas editoriales, descalifican el trabajo académico como “ideológico” en su sentido más nocivo.

Indígenas brasileños, por ejemplo, son equivalentes a sus exterminadores, acusados de destruir la naturaleza como depredadores naturales; los negros son presentados portadores de una historia de la esclavitud africana; los pueblos “precolombinos” son responsabilizados por la su propia explotación, justificando la barbarie histórica y mitigando la necesidad de reflexionar sobre las diferentes formas de violencia socioculturales en el proceso histórico. Utilizando un lenguaje accesible, humorístico e irónico, algunas obras se rinden al mercado, vendiendo



miles de copias, produciendo una “historia pública” irresponsable, reafirmadora de estigmas culturales y, por tanto, de mala calidad. El debate sobre la historia y su popularización por los medios de comunicación no deben ser entendidas con la simplificación de la cultura, su reducción a la curiosidad, entretenimiento y mucho menos la mera constatación de “procesos conspirativos”, lo que reduce la complejidad social, política, cultural y la biografía económica de algunos personajes humorísticos o malignos que “manipulan los acontecimientos”.

Ya ha recordado Néstor Canclini (1997), para discutir el concepto de hibridación cultural, para difundir y popularizar la cultura o la historia no se confunde con reduciéndolo a la producción en masa, y no al contrario, para exorcizar el mercado y los medios de comunicación. En este sentido, pensar la historia pública es admitir la necesidad de una autoría compartida entre autores y comunicadores, entre la comunidad y divulgadores y entre la cultura popular y académica. Se trata, sobre todo, pensar en los medios de comunicación de masas y su valor como los procesos de recepción y apropiación de bienes simbólicos por parte de diferentes sectores de la sociedad.

Preocuparse por los usos del pasado en la comunicación lleva, todavía, a pensar en las razones por las que el pasado sea la comunicación, ya sea realizada por la academia, ya sea por los medios de comunicación, empresas, instituciones, o por diferentes comunidades; las estrategias de elaboración del pasado y sus usos como la verdad, la circulación y apropiación, y sus efectos; como discapacitados en el juego entre el recuerdo y el olvido. Publicitar la historia y la cultura que se construye a través de ella es luchar contra un

pasado monumentalizado, congelado, distanciado transformado en algo para ser admirado o separado del presente y de las personas (6). O simplemente consumido como verdadero e integral; no dinámico, expansivo y diverso. Evitar, por último, los peligros de una historia única.

Consideraciones Finales

La historia pública es un concepto escurridizo pues aloja múltiples tendencias profesionales y académicos y, por tanto, exige responsabilidad en la ejecución de los conceptos y las acciones y el compromiso ético con el público al que desea llegar o que quieren trabajar. La práctica de la historia pública como “presentación popular del pasado para una variedad de audiencias” se refiere a la forma en que adquirimos nuestro sentido del pasado, lo que contribuye a nuestra posición sobre el presente y el futuro frente a los problemas que se relacionan con cuestiones sociales, tradiciones hábitos culturales, las demandas de género y la clase y la política pública. Así que lidiar con esta condición es desarrollar “la conciencia de comunicarse correctamente con el público” más allá de la historia como el entretenimiento y la difusión del conocimiento sistematizado por la ciencia, la búsqueda de medios de mediación e integración de los diversos recursos de comunicación para la recuperación conocimientos, memorias y prácticas. Cuando no se considera necesaria la conexión entre la cultura, la comunicación y la educación histórica valorizase menos la gente y más los objetos, fechas y celebraciones, los eventos de los que se extrae el humor, trivializando, a menudo, la propia vida, la noción de derecho, la diversidad cultural. La difusión

de la cultura y la historia, en el sentido trivial de la industria cultural y del mercado, se vuelve anacrónica, a juzgar actitudes, reforzar estigmas en el intento de hacer que las comunidades populares desconocidas, invisibles, marginalizados, llevándolos a la arena pública en su forma más absurda. Esto puede suceder con los migrantes, los pobres, los negros esclavos, indios, mujeres, homosexuales y transexuales cuando sus especificidades se satirizan en los libros, películas, prensa, televisión, Internet e incluso en la escuela, en busca del conocimiento “más agradable”.

El trabajo dirigido en la historia pública debe promover la expansión de su público -entendiéndola como dinámico, pensante y múltiple- por medio de los archivos y los museos tradicionales o virtuales, utilizan tecnologías como la fotografía, el cine, las historias de grabación, Internet, o un debate público en los espacios de educación formal, informal o digitales. Más que eso, debe contribuir a las prácticas que pueden colaborar para generar una historia más humana y democrática. Las reflexiones teóricas y experiencias sobre este tema siempre deben ser nutridos y guiados por algunas preguntas importantes: ¿cuál es el campo de la historia pública y cuáles son sus actores? ¿Quién tiene la preservación y control de la información histórica?

Comunicar las experiencias humanas, sin embargo, no debe servir únicamente de entretenimiento, pero la formación y el diálogo con las demandas políticas, sociales, culturales y sociales, siempre tensas y dinámicas. Para que estos procesos más democráticos sucedan es necesario establecer puentes entre el conocimiento académico, periodístico, mediático, cotidiano, no científico (pero vividos), promoviendo la difusión y el desarrollo de una “historia didáctica”

que estimula la formación de un “conciencia histórica” o una historia más participativa y en colaboración con la comunidad en los espacios formales, informales y virtual, información y educación. Se considera, por lo tanto, la necesidad de no supresión de la ciencia a favor de la historia pública popular y simplemente celebrativa.

Notas

(1) “A través de educación sobre el patrimonio, el proceso de enseñanza y aprendizaje puede ser modernizado y ampliado mucho más allá del entorno escolar donde toda la comunidad puede participar. Puede convertirse en un instrumento extra en el proceso de la educación que contribuye con el despertar de una conciencia crítica y la responsabilidad de la conservación del patrimonio -en toda su expresión- y la percepción de la relación entre esta con su identidad personal y cultural”. (Queiroz, Moema Nascimento. La educación sobre el patrimonio como instrumento de ciudadanía)

(2) Un proyecto de Historia Pública digno de mención se titula Pasados Presentes, desarrolladas por las historiadoras Martha Abreu y Hebe Mattos de la Universidade Federal Fluminense / RJ. Trabajando con diferentes comunidades de descendientes de esclavos entre 2005 y 2011 las investigadoras y los miembros de los colectivos produjeron exposiciones, libros, un conjunto de vídeos, así como el acceso a Internet a través de recuerdos y eventos culturales como Jongo, geckos, canciones y poesía cuyos significados extienden los sentidos de pertenencia en el tiempo. Recuperado de: www.passadospresentes.com.br



(3) La “historia digital” (digital history), que regula la relación entre las tecnologías de red y la asignatura historia, a través de plataformas sociales y medios sociales, contribuyó para abrir a un público más amplio y también de manera participativa, a la “alta cultura” y, en el mejor de los casos, con la mediación de los historiadores profesionales, historiadores públicos (Noiret, 2015: 34).

(4) Por ejemplo, me gustaría destacar la creación de la página de memoria de masacre de Carandiru, bajo la iniciativa del centro para el estudio de la delincuencia, de la ley de la FGV-SP, en colaboración con la Asociación Nacional de los derechos humanos, investigación y formación de postgrado (Andeph), coordinada por los investigadores Marta Machado y Maira hacha. Allí se puede ver la “inteligencia colectiva” en la producción de una colección digital de carácter colaborativo con el público: registros de periódicos y revistas, fotografías, testimonios orales, documentos, artículos y reflexiones son donados y hay acceso disponible no sólo para acceder a las informaciones, sino al estimular la reflexión sobre la masacre de 111 presos, ocurrido en 2001 en el complejo penitenciario de Carandiru, así como la situación de la criminalidad, de (in) justicia en las penitenciarías del país. Recuperado de: www.massacrecarandiru.org.br

(5) Al respecto véase la colección de libros producidos por el periodista Leandro Narloch, “Guía políticamente incorrecto2 en Brasil, América Latina y el mundo, entre muchos temas. Copia de una padronización estadounidense de la historia, presenta sus versiones como la “verdad oculta” detrás de la historia contada por los investigadores (según el autor, marxista), volviendo simplista y bizarra la

complejidad de los procesos.

(6) Oponiéndose a producciones populares y estigmas, el proyecto Video en las Escuelas/Cineastas Indígenas, desde 1987, ha desarrollado una serie de talleres cinematográficos en diferentes naciones indígenas brasileñas, de manera que los mismos miembros de la comunidad usan las cámaras para grabar sus historias, los recuerdos y la cultura. La idea es proporcionar apoyo técnico para que los indígenas cuenten y difundan sus registros (a la manera que ellos quieren) a un público no indígena, buscando el reconocimiento, fortalecimiento de la identidad y romper los estereotipos. Es una educación histórica viva, pública y responsable. Recuperado de: www.videonasaldeias.org.br

Referencias

- Albieri, S. (2011). História Pública e Consciência Histórica. En Almeida, J. R. y Rovai, M. Introdução à História Pública. São Paulo: Letra e Voz; 19-30.
- Almeida, J. R. y Rovai, M. (2011). Introdução à História Pública. São Paulo: Letra e Voz.
- Canclini, N. (1997). Culturas Híbridas: estratégias para entrar e sair da modernidade. São Paulo: EDUSP.
- Lêvy, P. (1999). Cibercultura. São Paulo: Editora 34.
- _____ (2004) Inteligencia colectiva: por una antropología del ciberespacio. Washington. Recuperado de: <http://inteligenciacolectiva.bvsalud.org>.
- Noiret, S. (2015). História Pública digital. Liinc em Revista, 11(1); 28-51.
- Queiroz, M (2016). A Educação Patrimonial como Instrumento de Cidadania. Revista Museu. Recuperado de: www.revistamuseu.com.br/artigos

Rüsen, J. (2001). Razão histórica, teoria da história: os fundamentos da ciência histórica. Brasília: Editora Universidade de Brasília.

Santhiago, R. (2016). Duas palavras, muitos significados. Alguns comentários sobre a história pública no Brasil. En Mauad, A.; Almeida, J. y Santhiago, R. História Pública no Brasil: sentidos e itinerários. São Paulo: Letra e Voz.

Schittino, R. (2016). O conceito de público e o compartilhamento da história História Pública no Brasil: sentidos e itinerários. En Mauad, A.; Almeida, J. y Santhiago, R. São Paulo: Letra e Voz; 40.